





# CENIZAS DE OTOÑO



María Cutiño

# CENIZAS DE OTOÑO



Primera edición: enero 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Cutiño

ISBN: 978-84-19595-66-9

ISBN digital: 978-84-19595-67-6

Depósito legal: M-1039-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## Agradecimientos

*«Las primaveras al marcharse dejan las lloviznas de otoño preparadas... Pequeña, ve despacio, mucho juicio, no te quemen tus llamas». «Oh, muerte, yo te amo, pero te adoro, vida... Cuando vaya en mi caja para siempre dormida, haz que por vez postrera penetren mis pupilas el sol de primavera».*

ALFONSINA STORN

*«¿Cómo juzgar en un mundo donde se intenta sobrevivir a cualquier precio, a aquellas personas que deciden morir? Nadie puede juzgar. Sólo uno sabe la dimensión de su propio sufrimiento, o de la ausencia total de sentido de su vida».*

PAULO COELHO

*«El suicidio es una puñalada incurable para quienes te quieren y te sobreviven».*

DAVID TRUEBA

*«No hay nada en el mundo a que más indiscutible derecho tenga el hombre que a disponer de su propia vida y persona».*

ARTHUR SCHOPENHAUER



## Reconocimientos

Agradezco a mi familia por permitirme contar esta historia, aunque sé que los muertos no me perdonarán, a recrearla con personajes reales e imaginarios, un merecido homenaje, a quien mi generación no conoció, pero que ha dejado un legado de amor y de libertad, que yo solo escribiré para que pueda volar, con alas , al fin.

«Si pudiera sentir tu risa, la guardaría como un tesoro, para volver a escucharla cuando el silencio lo cubre todo, llegó el momento de volar, disipar tus temores, nosotras volaremos contigo».

TUS SOBRINAS



# 1. Introducción

Llovía a cántaros sobre las casitas de tejas rojas, el humo blanco de las chimeneas anunciaba una mañana fría, el invierno estaba a la puerta, tocando fuerte las campanas, pero todavía no estaba preparada para recibirlo, aún necesitaba del calor que dejaba atrás el verano, del sol que lo inundará todo. Pero el tiempo decía lo contrario.

Como cada llegada del invierno, mi cuerpo envejecido por los años no aceptaba las mañanas frías y grises, solo mi corazón entumecido sabía cuánto necesitaba el sol radiante del Caribe, las mañanas frescas después que la lluvia lavara los rastros de una calurosa noche de verano.

Corría el año 2017, aunque las predicciones anunciaban un invierno muy frío, todavía los días se acertaban con calma, y las lluvias daban paso al otoño, con sus hojas amarillas, que comenzaban a caer, coloreando y revoloteando por los prados, las flores del jardín habían desaparecido, y el viento frío y constante, me ponía «la cabeza mala», como decía la abuela.

Cada mañana iniciaba el ritual de los meses fríos, una taza de humeante café americano por supuesto, esta vez del Brasil, para no perder el sabor, mientras el perfume del tazón lo iba cubriendo todo, y la espuma con una mezcla de aguardiente Coronilla, traído especialmente de Cuba embellecía el aroma, y el sabor, flotando en el aire, dejaba las fragancias de los andes, la frescura de las pampas y el olor de la foresta del Amazona, quedando todos atrapados en mi taza de café.

Dejaba correr la vista perdida, sobre el lago del Garda, uno de los más grandes lagos de Europa, quizás imaginando el mar de mi Habana, en un día cualquiera de lluvia, los recuerdos afloraron en mi mente durante estos momentos, mientras Misuno y Sissi, mis gatos, maullaban ronroneando, disputándose a quién le tocaba esta vez restregarse sobre mis piernas aún desnudas.

Los años comenzaban a hacerse sentir con más fuerzas en cada invierno que pasaba, el haber vivido toda la vida en una isla tropical me dejaba incapaz de soportar la crueldad del clima del viejo mundo, los dolores entumecían mis músculos, me sentía destruida, pero joven de espíritu, aunque mi cuerpo se negaba a darme razón, yo no quería ni siquiera escucharlo.

Nunca había hecho lo que decía mi cuerpo, o casi nunca, porque cuando joven solo daba las órdenes él, y yo como una cabra obedecía, no entendía si era más fuerte el frío glacial, que entraba por la ventana, o la insistencia de mi hija que llamaba constantemente junta a mi «*coquito*», sobrenombre que a veces le daba a mi nieta más pequeña, mi rayito de sol, suplicándole de acompañarlas a recorrer las calles del pueblo en busca del famoso *dolcetto e scherzetto*. (frase italiana para definir el día de Halloween, fiesta tradicional americana).

Mi nieta se preparaba para celebrar las fiestas que más amaba, porque transcurrían entre trajes y pinturas, convirtiéndose en una misión histórica de la perfeccionista de su madre, para que su rostro se acercara a la imagen de un fantasma que era él su preferido este año.

Mi hija trabajó casi dos horas pero no estaba satisfecha, la conocía muy bien, sabía que movía la boca, frunciendo los labios, cuando el resultado no cumplía su expectativas, era demasiado perfecta en cuestiones de *look*, solo después de pintar algunas líneas de lápiz negro sobre la boca, pudimos ver la imagen de una niña fantasma, que podría definirse impresionante.

La luz de la sala estaba baja, para lograr una buena impresión de la imagen para la foto, cómo recuerdo de ese día, antes que los

chocolates, las carreras y los caramelos destruyeran la pintura, por algunos minutos, esa imagen con el vestido blanco, y el rostro del mismo color, sobre todo los ojos, llegaron a asustarme.

Hacia años que no veía un fantasma, siempre he pensado que era solo fruto de mi imaginación infantil, pero al mirar los ojos caídos y tristes del fantasma que mi hija había creado me transportaron nuevamente a La Casona, allá por el segundo frente oriental cubano, cuando tenía siete años, cuando por primera vez, oí la palabra fantasma en boca de mi abuela paterna como algo real.

Para mi abuela, los espíritus de los fallecidos se elevaban del cuerpo y traspasaban la puerta de una dimensión, en otra realidad, acompañados de familiares y amigos, a quienes se les permitía venir a buscarlos a la puerta de entrada. Hasta el día de su muerte mantuvo esta creencia, porque dos días antes de su muerte dijo a mi padre que su abuela ya estaba en el cuarto, sentada esperándola y por supuesto no había venido sola, había abuelos, tíos y hasta dos maridos muertos mucho antes que ella. Siempre he convivido con la certeza de que estamos rodeados de ánimas, que nos protegen, o nos destruyen, dependiendo de quiénes sean.

Según ella, no había dioses solo santos y ánimas, en una tierra paralela a la nuestra, donde se iban los espíritus a transcurrir su futura eternidad después de haber abandonado sus cuerpos de mortales.

Al morir, según mi abuela, se abría un portal, donde las ánimas recorrían el camino al más allá, por eso los que estaban por morir unos días antes de la muerte, veían a sus seres queridos rondar alrededor del cuarto donde estaban, esperando su hora. Se hacían ver para que estuvieran tranquilos, durante el pasaje de una vida a otra, sabiendo que habían venido a buscarlos.

A veces, durante las noches oscuras siento el susurro de las voces de mis ancestros, sobre todo cuando estoy triste o simplemente preocupada, es como si no se hubieran ido, solo tengo que cerrar los ojos y abrir el sexto sentido, que nos da la posibilidad de ver y escuchar, lo imposible y lo imaginario.

